

Relaciones entre grupos pre-andinos y grupos colonos en el sur del Perú durante el siglo XIX

Núria Sala i Vila¹

Introducción

Los grupos étnicos de la selva sur del Perú fueron denominados a menudo *chunchos*, *antis* o *campas*. Desde el siglo XVI *chuncho* se refería a los grupos asentados en la Hoya del Madre de Dios, aunque luego se hizo extensivo a los asentados en los afluentes del Alto Ucayali – Apurímac, Urubamba, Tambó, Ené y Perené-. El término *antis* que, a priori denominaba de forma genérica a los habitantes del Antisuyo incaico, se hizo extensivo a los grupos pre-andinos de las familias lingüísticas arawak y pano. Los términos genéricos de *antis* o *campas* se refieren a grupos que podemos identificar con los actuales matsiguengas y ashaninkas, respectivamente, y los *chontapiros*, *chontaquiros* o *piros* con los los yines (Renard-Casevitz 2003; Rosengren 2004).

A lo largo de las riberas del Ucayali y sus afluentes Perené, Ené, Tambo, Urubamba y Apurímac se distribuyen y entreveran grupos étnicos de las familias lingüísticas *arawak* –ashaninkas, amueshas, yaneshas, matsiguengas y notmatsiguengas, yines– y *pano* –shipibos, conibos, amahuacas, yaminahuas– que comparten determinados rasgos culturales, como en el caso de los yine o *piro*², de lengua arawak y cultura material pano. Los grupos arawak se hallan asentados preferentemente en los piedemontes andinos, dedicados a la agricultura de subsistencia o a determinadas tradiciones artesanales, como la de tejedores; otros grupos, sin embargo, se distribuyen en distintas hoyas, como los matsiguengas dispersos en el Bajo Urubamba, en las intercuencas desde la cordillera de Vilcabamba hasta el Piñi-piñi y en la cuenca del Manu, en cabeceras del río Madre de Dios, donde coexisten con grupos arakmbut vinculados con grupos ribereños del Madera-Mamoré, el Beni o el Acré. Del mismo modo, los grupos pano residen preferentemente en el medio Ucayali, con grupos diseminados por las riberas del Urubamba, Yurúa, Purús, Acre y Alto Madre de Dios.

Los intercambios fueron una constante entre los distintos grupos de las riberas amazónicas. Productos básicos, como las herramientas de piedra y metal, la sal o el curare dieron lugar a largas travesías, especializaciones productivas de determinados grupos y a determinadas pautas culturales (Latharp 1973; Myers 1983; Santos s.f). En determinadas zonas, los canjes de la más diversa índole se extendieron hacia las tierras altas serranas e integraron a comerciantes, hacendados o campesinos. En general, se celebraban en época seca –entre julio y agosto–, como en el caso de los arawaks y pano de la Selva Central en torno al Cerro de la Sal, mientras que los del Alto Ucayali y Urubamba acudían a una feria anual cerca de Cocabambilla, en el

límite navegable del Urubamba. En otros casos, se mantenían de forma intermitente a lo largo del año, como entre los arawak y los grupos serranos locales en el valle del río Apurímac. En tal caso, los contactos han sido ritualizados y adaptados por el folklore en amplias zonas del Perú.

Así, en Paucartambo (Cuzco), Cajamarca o Luricocha (Ayacucho) lugares en las cabeceras de los caminos de penetración a la selva, se escenifican anualmente una serie de bailes en los que se enfrentan danzando *chunchos* –habitante del Antisuyo o selva- y serranos. En Ayacucho, los ceramistas de Quinua moldean desde antiguo, adornados con los productos que originaba su trasiego, el *chuncho* y el *regatón*, siendo éste último quien viajaba por los distintos ríos y valles en pos de salazón de pescado o determinados productos de demanda local o externa, como el cacao o la vainilla.

La transformación del territorio étnico en islas discontinuas

Los estudios regionales nos permiten comprender en qué medida las políticas nacionales uniformes lograron imponerse, o si los distintos grupos locales lograron incidir y condicionar sus resultados. En primer lugar, describiré los distintos modelos de ocupación étnica y de intercambios en la Selva Central, Alto Ucayali y Urubamba y en el valle del río Apurímac. Posteriormente, analizaré los cambios producidos en la segunda mitad del siglo XIX, cuando aumentó la presión colonizadora desde las vecinas zonas serranas, al mismo tiempo que se generalizaron las exploraciones y navegación fluvial a lo largo del Ucayali y sus afluentes. Esbozaré los modelos de colonización republicana en la selva del centro y sur del Perú, para comprender en qué medida supuso la ruptura de las relaciones seculares entre los grupos pre-andinos y distintos grupos regionales. El análisis comparativo pretende destacar distintas realidades y alianzas en las cabeceras del Ucayali, en concreto en la Selva Central de Tarma y Junín, los valles del Urubamba en Cuzco y del Apurímac en las provincias de Huanta y La Mar, en Ayacucho. Para destacar la singularidad de los procesos regionales, he priorizado la consulta de fuentes producidas por grupos locales, viajeros o por funcionarios o ingenieros al servicio del estado, sin dejar de lado las fuentes misionales.

Selva Central: La rebelión de Juan Santos Atahualpa (1742) selló la independencia de los territorios étnicos de los grupos arawak –yanasha, amuesha, ashaninka–. Una realidad que se prolongó más de un siglo, fruto de alianzas defensivas multiétnicas y de la capacidad de producir herramientas de metal en herrerías asociadas al complejo shamánico y al control de los recursos salineros del Cerro de la Sal (Santos 1988; Zarzar 1989). Aún en 1882 el viajero francés Olivier Ordinaire pudo constatar que el territorio *campa* aún abarcaba la región comprendida entre el Cerro de la Sal y el Ucayali, y dibujar una herrería en el valle del Chanchamayo (Ordinaire 1988: 184). En palabras del coronel José Manuel Pereira, en 1870 el grupo dominante en la región eran los *campas*, quienes se resistían a abandonar su territorio “o porque otras tribus los repelen o por la importancia que tienen para ellos tierras tan fértiles como bellas y de tan suave temperamento”; vivían diseminados en caseríos de seis u ocho casas, “en cada uno se encuentra casi siempre una gran ramada i una oficina de herrería con su fragua, hornos y fuelles, un depósito de carbón de madera”, lo que les permitía forjar hierro y elaborar hachas, machetes, cuchillos, yunques, machos, martillos, cinceles, gurvias y tenazas. Sus otras actividades económicas estaban ligadas a la elaboración de telas finas de algodón, ollas de barro, y la agricultura –camote, yuca, maíz, plátanos, papayas, piñas, coca, tabaco, algodón, caña de azúcar, achiote, ají, calabazas-, complementadas con la caza y la pesca³.

Las rutas comerciales tejidas en torno al Cerro de la Sal subsistieron hasta las últimas décadas del siglo XIX. El ingeniero alemán Arturo Wertheman (1877) dejó constancia de ello en la

década de 1870, al relatar las reuniones anuales en el Gran Pajonal, luego que “los campos del Tambo y Alto Ucayali a través de Unini se remontan al Pajonal y en una decena de días llegan hasta el Cerro de la Sal”; circunstancia en que sacaban en procesión la espada de Juan Santos Atahualpa. Un hecho que permite a S. Varese afirmar que el Gran Pajonal se había convertido por entonces en el “núcleo de cultura y tradición” de los grupos *campa* (Varese 1973: 237-8). Diez años más tarde, Olivier Ordinaire aún pudo escribir que los productos más valorados en las relaciones comerciales de los grupos de la selva central eran las herramientas de metal y las telas (Ordinaire 1998: 184).

Según E. Rojas (1994), un determinado grupo ejercía el control directo sobre el Cerro de la Sal, percibiendo contribuciones de los grupos que acudían en pos de sal. Éstos ya de regreso, celebraban una feria en las playas de la confluencia del Ené con el Perené. Allí se reunían grupos *campas*, *piros*, *mochobo* y *remo* procedentes de los ríos Ene, Tambo y Alto Ucayali y trocaban la sal o herramientas de metal por telas, monos, aves o cerámica. En consecuencia, el intercambio de la sal configuraba una zona neutral, dentro del complejo mapa territorial amazónico, aunque sólo fuera durante un determinado tiempo al año (Rojas 1994; Tibesar 1950).

Valle del Urubamba y Alto Ucayali: En el río Urubamba, el mal paso en la navegación del Pongo Mainique frenaba la colonización, lo que en la práctica lo convirtió en la frontera con el territorio de los grupos arawak y pano. Francisco Carrasco, quien descendió en 1846 el Urubamba y el Ucayali, junto a la expedición de Castelnau, situaba los *tampas* –denominación local cuzqueña de los *campas-matchiguengas*– en la quebrada del río Sangobatea, arriba de Coriberi, a los *yine-piros* entre los ríos Chihuallato, Picha, Urini, Picania, Sicuche; y desde la desembocadura del Simpe se iniciaba el territorio de los *conibos* (Larrabure 2006: t. II, 149-176). Paul Marcoy, quien participó en el mismo viaje, estimaba que los *antis* –*matsiguenga* y *asháninka*– eran unos 800-900, dispersos por los afluentes secundarios del Urubamba hasta el río Camisea y en el río Apurímac. El liderazgo sólo se activaba en momentos de conflicto. Se mantenían en situación conflictiva con los *pucapucaris* del Camisea –*kogapacori*, de la familia *matsiguenga*–, aliados de los *impetineris* –*amahuacas*–, mantenían contactos con los *tuynesis*, *siriniris* y *huachipairis* –grupos *harakmbeto arakmbut*–. Unos 400-500 *piros* se distribuían en el Urubamba, entre sus afluentes el Camisea y el Paruitcha, según un patrón discontinuo, en el que ejercían cierto dominio político sobre los *antis* (Chaumeil 1994).

En 1884, el hacendado de Andahuaylas J. B. Samanez describía un Urubamba habitado de forma discontinua por *matsiguengas* y *yines*. Desde el Pongo de Mainique hasta el Sepahua era territorio de los *campas* –*matsiguengas*–. Los *yines* se asentaban de forma dispersa desde el Camisea a Sebonya (o Sibulla) –hasta el límite del territorio de los *conivos*–, con varios núcleos en Iparia, Pachitea o Santa María más allá de Sarayacu. Situaba el centro del control y de las relaciones étnicas en la confluencia del Sepahua con el Urubamba. Allí encontró a *yines* del Purús, que iban y venían de su lugar de origen a través del varadero inter-cuencas. Quizás por ello, Samanez distinguió los grupos ribereños, a los que percibió como expertos navegantes o comerciantes, que recorrían casi todo el Ucayali y parte del Urubamba, de los *piro-mashco* asentados tierra adentro en las cabeceras del río Madre de Dios (Samanez 1980: 88-92). Sus datos evidencian la existencia entonces de un grupo *yine* complejo, que a pesar de su dispersión ribereña o en el interior del bosque tropical, mantenían una amplia capacidad y conocimientos para trasladarse, vía los varaderos, de una a otra cuenca fluvial, de las cabeceras del Ucayali a las del Purús o del Madre de Dios, y que mantenían y moldeaban su identidad diferenciada, aunque aún desconocemos mediante qué mecanismos. Además Samanez describió, quizás de oídas, el territorio de los *amahuacas* o *hipetineris* o *hipetes*, “poco aficionados a la vida fluvial”, radicados

selva adentro, sin casi contacto fluvial. Se extendían por los ríos Pacria, tributario del Urubamba, el Tambo y el Tamaya, y en las quebradas y ríos laterales en la extensa zona entre las hoyas del Ucayali y las del Purús y Yurúa (Samanez 1980: 83).

En informaciones recogidas del franciscano fray Busquets, el naturalista Antonio Raimondi situaba grupos dispersos de este grupo en los afluentes del Alto Ucayali –Graanía, Taguanía– y del Bajo Ucayali, más allá del Pachitea –Cuniqui, Abujao, Pisqui–. Su organización habría sido sectorial o clánica. Se trataba de un sistema de asentamientos que caracterizaba a los *amahuacas* y a los yines, que respondían a modelos de fragmentación territorial de carácter exogámico (Zarzar 1983: 44-47).

Entre los distintos grupos del Urubamba existía un amplio intercambio de productos. Yines y amahuacas intercambiaban sal y canoas por maíz, tabaco y pieles; los yines se proveían de sal en sus intercambios con grupos *campas* del Cerro de la Sal. La circulación de productos entre los grupos ribereños y de los afluentes difería sustancialmente. Entre los primeros prevalecía oro, plata y cobre, cerámica, *cuhsmas*, canoas, tabaco y hachas de piedra, mientras que entre los segundos la sal, pieles, animales y metales no trabajados. Dentro de esa realidad, algunos grupos como los yines o los *campas* se habrían especializado en el comercio (Zarzar 1983: 53); además *conibos* y yines se orientaron a efectuar *razzias* para obtener mujeres y niños, que quedaban a su servicio o eran intercambiados con otros grupos. Según J. B. Samanez, tenían lugar en los meses de julio, agosto y septiembre, en plena estación seca, cuando unas cien canoas, remontaban el Ucayali, Tambo y el Urubamba para saquear las cosechas y secuestrar mujeres y niños (Samanez 1980: 81).

A principios del siglo XIX, los franciscanos del Colegio de Propaganda Fide de Moquegua constataron la amplia circulación de productos entre los habitantes del Urubamba y Alto Ucayali. La escasez de herramientas era tal, que, en palabras de los franciscanos, los *infielos chontaquiros* “mueren por ellas”, y salían en agosto de la selva “trayendo su comercio de loros, guacamayos, monos y otros efectivos para trocarlos por herramientas, hachas, machetes, cuchillos”,⁴ o también se desplazaban aguas abajo hasta el Ucayali, en la zona de las misiones de Manoa del Colegio de Santa Rosa de Ocopa, pobladas por la nación *coniva* y *ceteva*, e intercambiaban loros, monos, guacamayos, sacos, mantas, plumas. Los *casibos* y los yines fueron calificados como temibles guerreros, por fray Valentín Arrieta, quien se refería que los “*Piros* y *Chonta-piros*, gente de canoa y muy aficionada al comercio, nación bastante crecida y belicosa, pues tienen esclavos para su servicio de las demás naciones” (Izaguirre 1921: 330 y 334). En ese contexto, los franciscanos lograron convertirse en los intermediarios del comercio en el Urubamba, de tal forma que a mediados de siglo XIX, la feria se organizaba anualmente, en julio o agosto en plena época seca y de menor caudal fluvial y peligrosidad en la navegación, en torno a la misión de Cocabambilla, situada cerca del límite navegable del Pongo de Mainique. En 1843, Juan Manuel Valdez y Palacios (1971[1844]: 98-100) describía una feria de seis u ocho días, celebrada tras la llegada de *antis* y *contaquiros* para trocar productos y gentes –papagayos, ararás, chusmas, canoas, cacao, goma, resinas, cera, cascarilla o esclavas–, por herramientas y sal –cuchillos, machetes, pedazos de espejo, tijeras, clavos (Camino, 1977 y Gade, 1972).

Valle del río Apurímac: La margen derecha del Apurímac se mantuvo, a lo largo del siglo XIX, bajo el control de grupos *campas*, que bien pudieron ser tanto *ashaninkas* en el curso medio y bajo, como *matshiguengas* en sus cabeceras. A mitad de siglo, el prefecto Isidro Frisancho, describió un esquema de sociedad, de ocupación territorial y de especialización económica dual. La margen izquierda se hallaba bajo el control de hacendados y mercaderes regionales, con una agricultura sobre todo cocalera, que determinaba una ocupación estacional, durante las tres o cuatro cosechas

anuales – *mitas*–. Por el contrario, la margen derecha era el territorio de los *campas*, dedicados a una agricultura dispersa, en chacras de policultivo, a actividades extractivas, a la caza y a la pesca. Cuando J. B. Samanez efectuó varias entradas y exploraciones en el Apurímac entre 1878 y 1884, tanto en pos de cascarilla, como para abrir la comunicación fluvial con el Ucayali y extender a zonas tropicales su producción agrícola, constató que la margen izquierda se hallaba ocupada por grupos de La Mar y Huanta – gente de Ancco e Iquicha a los que temía y despreciaba al haber entorpecido sus pretensiones de afincarse en la zona–, mientras grupos *campas* se hallaban dispersos por la margen derecha, desde Pampaconas hasta Quimbiri Grande. Éstos se dedicaban a una agricultura de policultivo –yuca, maíz, fréjoles, plátano, camote, maní, caña de azúcar, coca, tabaco, mangona, uruchuco, piña, papayas, barbasco o cube que les servía para pescar–, complementada con actividades artesanales –textiles–, extractivas y de caza y pesca. Distinguía los *campas* del valle, *catongos* o *catongosates*, de los *salvajes de abajo* – *camíticas*, *queringas* o *queringasates*–, que, entre otras cosas, se diferenciaban por hablar un dialecto distinto (Samanez 1980: 32).

En torno a 1882, O. Ordinaire escribiría que “a orillas del río Apurímac existen importantes tribus de Antis, los *Catongos* y los *Queringasates*” (Ordinaire 1988: 188). En 1890, el prefecto de Ayacucho, Pedro Portillo, cuantificó, fruto de sus observaciones en un largo periplo por la selva de Ayacucho, unos 500 *campas* en el Apurímac y Mantaro, cuya denominación coincidía con el de los ríos y valles donde residían. Así los *onconinos* eran los habitantes del Onconini, un afluente del Tambo. En 1898, según el subprefecto de La Mar, José M. Luján, los “infieles Campas, conocidos con el nombre de Catongos” se asentaban en la margen derecha del Apurímac, dedicados al cultivo –yuca y plátanos– y a la pesca fluvial (Luján 1998).

En resumen, el río Apurímac marcó la frontera con los territorios étnicos arawak a lo largo del siglo XIX y hasta, por lo menos, la década de 1930 (Pozo 1934). Las fuentes locales les denominaron *campas*, *catongos*, *queringas* o “la tribu de infieles llamados Anapates”⁵. Según E. Rojas, Katongo y Kirinka significan en ashaninka río arriba y río abajo; Casevitz matiza que el término *keringa* es de procedencia nomatsiguenga (Ordinaire 1998: 188 nota 16), lo que podría evidenciar las diferencias entre asentamientos de grupos hoy autodenominados ashaninkas y mashiguengas. En cualquier caso, dichos términos dan cuenta de modelos de residencia, descritos desde un lugar central en el que se sitúa el informante y que hacían referencia a un territorio articulado por una red de senderos y cursos fluviales. Según E. Rojas, no hubo cacicazgos hegemónicos que administraran políticamente a todo el grupo y, por ello, las alianzas y conflictos eran constantes e incidían en la mayor o menor capacidad de establecer alianzas de parentesco, o de intercambio de bienes entre sí. Las alianzas se ritualizaban y reproducían anualmente en los meses de la estación seca, cuando se acudía en pos de la sal ora al Cerro de la Sal, ora al río Pangoa o a contactos con gentes de Ayacucho (Rojas 1994).

Las referencias a la participación de los grupos arawak del Apurímac en la red de intercambios regionales de Ayacucho son constantes en la prensa o literatura de viajeros, funcionarios o políticos locales. En 1846, y en palabras del prefecto de Ayacucho, Isidro Frisancho, los *campas* permutaban a los colonos ribereños cacao silvestre, aves y especias por herramientas de metal o sal; en las transacciones imperaban las relaciones asimétricas, a tal punto que los serranos utilizaban como recurso recurrente la coacción e, incluso, la violencia⁶.

En 1883, J. B. Samanez describía a los *campas* como “aficionados al comercio” y añadía que los *catongos* de las cabeceras del río Apurímac efectuaban trueques de cera, copaiba, loros y monos por herramientas y sal con sus vecinos, los hacendados y chacareros de Ancco y Simariva, en un contexto en que éstos imponían pautas de violencia y expolio; los del curso medio y bajo con una

pequeña comunidad de colonos chinos: cacao, vainilla, tejidos, aves –loros, piemas⁷– por herramientas, sal, espejos, hachas, agujas o pañuelos. El propio Samanez, para llevar a cabo su exploración, cambió alimentos, servicios y lealtades por sal, chancaca, cuchillos y agujas. En su relato nos describe una región en la que tales contactos permanentes habían dejado su traza en el bilingüismo o trilingüismo de muchos de sus habitantes. Así, citaba a intérpretes como el huantino Mariano Soto, que hablaba quechua y *campa*, el chino Francisco que hablaba *campa*, o a Manuel Bellido “muy bien relacionado con los salvajes” (Samanez 1980: 32 y 41). Sin embargo, pareciera que no existían contactos estables con grupos arawak de los cursos del Perené, Ené o Tambo, o al menos ello se infiere cuando los catalogó taxativamente de “feroces salvajes” (Samanez 1980: 32).

A caballo del cambio de siglo, el prefecto Pedro Portillo se seguía haciendo eco de una situación en la cual los *campas* suministraban productos naturales - cacao, vainilla, cascarilla, bálsamos, plantas medicinales y pájaros- a “indios y chacareros” ayacuchanos y huantinos y se prestaban fácilmente a servir como guías o bogas a los exploradores, todo ello a cambio de herramientas de metal –agujas, cuchillos–, de labranza, de uso doméstico, de pesca, o abalorios –espejos o bisutería–. Les consideraba dóciles, con tendencia a civilizarse, aunque en conflicto con los yines del Chanchamayo (Portillo 1900 y 1901).

Continuidad y dislocación de las relaciones comerciales interétnicas

A lo largo del siglo XIX se produjo un constante avance de la frontera agrícola y extractiva en el centro y sur andino. Sobre la base de formas de explotación tradicional de recursos de carácter estacional y en época seca –cascarilla, oro o coca–, se diversificó la producción destinada a la creciente demanda interna tanto de coca como de aguardiente de caña de azúcar, o la internacional de coca o cocaína, destinada a usos de farmacopea, o el café, té y cacao.

Sin embargo, las características de la colonización y sus efectos en la estructura social y de la propiedad agraria resultante fueron disímiles. Hacia la Selva Central se proyectaron grupos de hacendados e indígenas de Tarma y Huánuco, por las vías del Chanchamayo-Perené y del Pozuzo-Huallaga, respectivamente. Los gobiernos de turno, desde mitad de siglo XIX, favorecieron un nuevo modelo de ocupación basado en colonias de emigrantes extranjeros – chinos, italianos o tiroleeses-, siendo la más importante The Peruvian Corporation Ltd. que obtuvo un millón de hectáreas como canje de deuda pública (Barclay 1989). En el valle de La Convención, en el Cuzco, se fortaleció el dominio del gran latifundio y, ante la carencia endémica de mano de obra, se recurrió a mecanismos de enganche o rotación de mano de obra entre haciendas de un mismo dueño situadas en distintos pisos ecológicos; o a formas de arrendamiento a campesinos vinculados por deudas a la hacienda –*arrendires*– (Sala i Vila 1998). En el valle del Apurímac, en Ayacucho, se traspasaron a manos de particulares algo más de 10.000 has., en el período de vigencia de las Leyes de Tierras de Montaña de 1898 y 1909 y hasta 1930, en pequeños y medianos lotes, cuyos receptores eran habitantes y comunidades indígenas de Huanta, La Mar o Huamanga (Sala i Vila 2001). Veamos a continuación cómo afectó tal proceso la autonomía y usos de los grupos étnicos asentados en las selvas del centro y sur del Perú.

En la selva central el proceso de destrucción de la autonomía de los grupos arawak sería rápido e irreversible. Varios factores contribuyeron a desarticular su resistencia o a que terminaran insertándose en las misiones, reducidos a meros peones o replegándose constantemente: en las dos últimas décadas del siglo XIX, el avance de la colonización agrícola se vio favorecida por el *boom* del precio del café; la colonia del Perené de la Peruvian Corporation introdujo factores productivos basados en indicadores de rentabilidad, al mismo tiempo que vinculaba directa-

mente la región con los mercados capitalinos e internacionales; más una nueva política misionarial que optó en la región por buscar espacios de refugio para los distintos grupos. El resultado fue la conversión del territorio continuo articulado en torno al Cerro de la Sal, en una suerte de islas distantes entre sí y carentes de comunicación (Barclay 1989; Santos y Barclay 1995).

El inicio del proceso cabe situarlo en el viraje hacia una política coactiva en la región cuyo emblema sería la fundación de un fuerte en San Ramón (1847). El objetivo era colonizar los valles de las cuencas de los ríos Perené y Pozuzo, defendido por grupos regionales de Tarma y Huanuco y asumido por sucesivos gobiernos, que vieron en la región un futuro de progreso y el eje de comunicación de Lima con el Amazonas e Iquitos (Santos y Barclay 1995: 59). El fuerte San Ramón (1847) se situó en la confluencia de los ríos Chanchamayo y Tulumayo y determinó que en adelante las relaciones con los diversos grupos étnicos fueran de conflicto permanente. Tal y como observaron los marinos norteamericanos L. Herndon y L. Gibbon, la respuesta de ashaninkas y amuhesas fue la defensa a ultranza de sus territorios:

“Están decididos a luchar por el pasaje de los ríos y cualquier otro intento de conquista. Ahora ya no se muestran en persona sino que hacen su presencia evidente incendiando ocasionalmente el bosque y los pastos de las laderas de las sierras y disparando sus flechas sobre cualquier incauto que se acerque demasiado a los márgenes de los ríos” (Fernández y Brown 2001: 52-53).

A cada expedición o ataque indígena, y bajo el subterfugio de proteger a los colonos, sobre todo extranjeros, le siguieron una serie de misiones punitivas (Varese 1973: 229). Los ejemplos que lo corroboran son múltiples. Así, en 1868, una expedición militar fracasó en su intento de superar el Perené, lo que no fue óbice para que avanzara destruyendo cuanto encontró a su paso, siendo significativo el hecho que en Quimiri se arrasó una herrería. El hecho no era circunstancial, sino reflejo del ataque sistemático a uno de los núcleos más importantes, ya que como informaba el ingeniero sueco-norteamericano, J. G. Nystrom, “la ranchería más poblada de los chunchos oi, está al frente de Quimiri, a donde hai grandes pampas y hermosos campos en ambos lados del río” (Nystrom 1869). En 1869, en venganza del ataque a un correo, las fuerzas militares quemaron y robaron tanto casas como pertenencias indígenas (Varese 1973: 229). En 1876 el ingeniero alemán Arturo Wertheman abría la ruta del Tambo y Ucayali al Amazonas, a costa de derrotar a los indígenas y de que éstos optaran por incendiar su propia herrería (Varese 1973: 237-238; Fernández y Brown 2001: 53).

Desde mediados de siglo se pusieron las bases del conocimiento geográfico de la cuenca amazónica. La frecuencia de las exploraciones introdujo una variable importante, ya que las travesías sólo eran viables si se lograba adquirir o contratar canoas, bogadores y alimentos cuya obtención no siempre se pactó en condiciones de equidad. Francisco Carrasco en su viaje de 1846 por el Urubamba y Ucayali obtuvo de los *campas* una canoa, de los yines y, de ambos, alimentos –gallinas, yucas, plátanos, huevos, carne de caza, pescado–, a cambio de hilos de abalorios, cascabeles, anzuelos y “otras fruslerías” (Larrabure 2006: II, 149-176)

Mayor información sobre la región que nos ocupa aportaba el marino sudista J. Tucker, a quien el gobierno encomendó la dirección de la Comisión Hidrográfica del Amazonas, cuyo objetivo era reconocer el curso navegable de los distintos ríos de la cuenca amazónica, misión que efectuó entre 1868 y 1870. J. Tucker se resistía a dar noticias sobre los indios “por la rareza i exclusivismo de sus costumbres”, pero concluía que debían ser numerosos “si se juzga por el gran tráfico que se nota a primera vista”. Sus datos apuntan a que se habían producido varios cambios desde que las expediciones de F. Castelnau y de L. Rendón y L. Gibbon recorrieran el Ucayali: unos 500 habitantes de Sarayacu habían migrado hacia el curso alto y creado el pueblo de Cashiboya en el Pachitea⁸; la población nativa había disminuido, víctima de una

reciente epidemia de viruelas; al mismo tiempo que la moneda había hecho su aparición como mecanismo comercial, tal como se lee en su cita textual: “esta vez me han parecido más familiarizadas con el uso del dinero”⁹. En palabras de otro integrante de la Comisión Hidrográfica del Amazonas, el comandante Ruperto Gutiérrez, el tráfico de mercancías se daba ya no sólo en el Ucayali, sino también en el Tambo donde dominaban “especuladores”, que habían impuesto el intercambio desigual y coactivo sobre los indígenas:

“En las riberas del (Ucayali) i en las del Tambo hasta la parte navegada, habitan algunas tribus de salvajes inofensivos, tales como los *piros*, *shetivos* i otros que al juzgar por algunos que hemos visto i tratado a bordo, lejos de ser hostiles son oficiosos y serviciales; desgraciadamente no alcanzan a estos infelices la acción benéfica del supremo gobierno, que cambie su condición salvaje atrayéndolos a la vida civil, i los proteja de los especuladores de mala lei que abundan por todos estos lugares, quienes hacen sus excursiones hasta ellos para explotarlos, arrebatándoles zarza i otros artículos valiosos a cambio de baratijas i además tienen la temeridad de arrancarles a sus tiernos hijos por la fuerza, para venderlos en Sarayacu i Nauta como una mercancía...”¹⁰.

En las décadas de 1860 y 1870 sería la navegación a vapor del Amazonas y sus afluentes el hecho que produciría el cambio más importante en las relaciones comerciales vigentes hasta ese entonces en la Amazonía, ya que con el vapor, llegaron exploradores y negociantes a los últimos recodos y cabeceras fluviales. Según el prefecto de Loreto, Lino Olaria, en 1870 la actividad comercial en el Ucayali se desarrollaba en el tramo comprendido entre su embocadura y Santa Rosa, zona en la que habitaban yines, conibos, shipibos, shetebos, además de colonos peruanos y brasileños. Se habían generalizado las *razzias* para capturar indios, que luego eran vendidos, en un momento en que Sarayacu estaba en estado de abandono, aunque junto a Cashiboya, seguían siendo los pueblos más importantes (Larrabure 2006: II, 516-520).

Notemos que la civilidad o no se atribuía en ese contexto a la menor o mayor resistencia a establecer contacto con los exploradores, quienes requerían de los distintos grupos ribereños alimentos, leña y prestación de servicios de guías o de remeros. Ello puede explicar que el comandante del vapor Morona, Eduardo Raigada, dejara constancia en 1867 en su travesía del Tambo que “hoy día es mui poco traficado, a consecuencia de estar pobladas sus orillas de la indómita i temible nación campa, célebre por su ferocidad”¹¹. Es probable que una percepción parecida subyaciera en la afirmación del ingeniero sueco-norteamericano J. G. Nystrom, relativa a que se había logrado civilizar a los habitantes del Ucayali, Urubamba y Tambo, tenidos como “salvajes” veinte años antes (Nystrom 1869). En tal sentido, recordemos que muchos de los actores que intervinieron en proyectos de colonización o del trazado de vías de comunicación para favorecerla fueron decididos partidarios de civilizar a las selvas y sus habitantes de la mano del comercio o tras convertirles en mano de obra al servicio de las nuevas explotaciones agrícolas o extractivas.

Cuando, en 1883, J. B. Samanez remontó los ríos Apurímac, Tambo y Urubamba, atribuyó la ruina de la misión de Santa Rosa de los Piro a dos posibles motivos: el genio inestable de los *piros* o la hostilidad de los negociantes. Constató que *piros* y *conivos* iban vestidos con pantalones y camisas y provistos de escopetas (Samanez 1980: 81), prueba de los cambios sustanciales que se iban imponiendo en la región como consecuencia de los nuevos actores que se habían establecido en la zona: caucheros y comerciantes que procedían de Moyabamba, Tarpoto o del Pachitea, en el medio Ucayali. La casa García Co., propiedad de los hermanos españoles José y Antonio García, dominaba la actividad económica y extendía sus negocios desde el Pachitea hasta el Urubamba: poseía un almacén en el Pachitea; fletaba el vapor Napo para distribuir productos europeos y de Iquitos a cambio de caucho y salazón de pescado; habilitaban a productores locales del Urubamba por intermedio del italiano Fernando Franchini, co-

mercante instalado desde 1881 cerca de la vieja misión de Santa Rosa, o los españoles Benito Rodríguez y José Suárez, comerciantes y rescatadores de caucho afincados en el Sepahua (Samanez 1980).

La situación que encontró J. B. Samanez distaba mucho de ser la existente a mitad de siglo XIX y suponía un quiebre en las tradicionales ferias anuales. A cambio de surtir a los yines de herramientas, ropa, sombreros de paja, escopetas, conservas o licores, se les imponía extraer caucho, transportar plátanos a los peones caucheros o cazar y pescar para alimentarlos. El círculo se cerró con el creciente endeudamiento de los yines, lo que confirió el dominio absoluto de éstos a los hermanos García, que pasaron a tener el control y a decidir cómo, dónde o con quién podían trabajar o comerciar. Se supone que si los yines aceptaron tal (mal) trato fue porque ello les evitaba largas navegaciones, con múltiples malos pasos para surtirse y les permitía disponer directamente de los productos en su propio hábitat. Las obligaciones que imponía el endeudamiento, sobre todo en lo que respecta a la imposición de cargas laborales, sólo pudieron comprenderse cuando las contrapartidas coactivas alcanzaron su punto álgido. El proceso, además, aceleraba el contacto con grupos hasta entonces refractarios a toda relación de intercambio; así, los *piros-mashcos* habrían dispuesto por primera vez de un producto intercambiable, el caucho, para obtener las anheladas herramientas de metal (Samanez 1980).

Los cambios también incidieron en los intercambios interétnicos, como evidencia el hecho que Pedro Portillo se encontrara con dos canoas de *campas* cuyo jefe, Sian, era originario del Apurímac, “dos de ellos vestidos de gente civilizada”, provistos de perros de caza y que se dirigían al Perené para cambiar escopetas, rifles Winchester, pólvora, géneros y comestibles a cambio de sal. No sólo se habían producido cambios sustanciales en el tipo de productos objeto de intercambio, sino también en los propios mecanismos de intercambio, ya que pudo afirmar que “conocían el valor de la moneda”, y por ello pudo comprarles una caja de fulminantes para escopeta (Portillo 1901: 31-32 y 38). El panorama que encontró Portillo se completaba con la reciente especialización de ciertos *campas* en la producción masiva de alimentos y en actividades como peones –en los meses de junio a noviembre– destinados a la incipiente actividad cauchera en la región (Portillo 1901: 40). Cuando O. Ordinaire llegó a afirmar que *conibos* y *piros* eran los “piratas de la Montaña”, que trabajan por cuenta de bandidos civilizados, a los que transferían a quienes esclavizaban en sus *razzias* (Ordinaire 1988: 194), el círculo se había cerrado, ya que el secuestro había dejado de integrarse dentro de los complejos mecanismos identitarios para convertirse en un recurso para solventar la carencia estructural de mano de obra disponible para rentabilizar las actividades extractivas en la Amazonía.

En el valle del Apurímac se consolidó un tipo de ocupación estacional y complementaria, con residencia estable en la sierra o puna, mientras que se emigraba temporalmente a la montaña durante las épocas de mayor labor agrícola, definida en palabras de M. H. Kuczynski Godard de “bifrontalidad”, a consecuencia del manejo de producciones en varios pisos ecológicos, en un constante trasiego entre distintos espacios y cultivos (Kuczynski 1947). Las estrechas relaciones entre hacendados, cocaleros y comerciantes de Huanta, La Mar o Huamanga con los grupos arawak del valle se basaron en principios de exclusividad exigidos por los colonos en sus intercambios, pero, a la postre, permitió una amplia alianza que frenó tanto la acción de los misioneros, como de los comerciantes fluviales o, incluso, de los caucheros.

Las misiones se saldaron con un rotundo fracaso en la selva de Ayacucho. El intento de reabrir las misiones dependientes del convento franciscano de Santa Rosa de Ocopa abortó cuando los *campas* asesinaron, en 1852, a los frailes Crisóstomo Cimini, Feliciano Morentín y Amadeo Bertona. Al parecer, su propio intérprete había difundido el rumor de que su objetivo era secuestrar

a las mujeres y obligar a los hombres a trabajar como esclavos en las haciendas (Ortiz 1975: 252). También los redentoristas de origen belga y afincados en Huanta vieron en las décadas finales del siglo XIX y primeras del XX cómo se diluían sus expectativas, bien fuera porque actuaban misiones volantes en la época seca¹², o bien por el hostigamiento de grupos locales, como evidencia el hecho de que, en 1882, un misionero redentorista hubo de huir perseguido por gente de Anco, en la provincia de La Mar, y protegido por los propios *campas* (Samanez 1980: 37-38). Quizás por ello, en 1909, el padre Mauricio Tauchaux estimaba que quedaban sólo unos 500 *campas*, diezmados por las epidemias, los cuales se resistían a afincarse en pueblos, cambiando de lugar de residencia con suma facilidad (Tauchaux, 1909), una información que debemos suponer consecuencia de su fracaso más que la realidad en la región, si nos atenemos a los datos aportados por otras fuentes locales relativas a la autonomía y persistencia de los territorios indígenas.

En otro orden de cosas, los datos recopilados en el valle del río Apurímac por el arequipeño Juan Gastelú¹³, en torno a 1861, de un *machiguinga* –“hombres del valle” de la tribu de los *catongos*– pueden alumbrar sobre las diferencias de esa zona respecto a la Selva Central. Aún pudo escuchar la versión local sobre la rebelión de Juan Santos, del testimonio de un nativo, según el cual, los *camaticas* (*chanchamayos*) mantenían una guerra desde tiempos remotos cuando entraron en su territorio *blancos de cabeza pelada*, quienes les enseñaron cosas útiles y les redujeron a *panguchis*. El conflicto estalló contra los hombres *blancos cabelludos* que les habían obligado a trabajar en las haciendas y fue dirigido por un intérprete *camatica* (Gastelú 1872). En este caso, la memoria oral reafirmaba la distancia cultural y política entre los grupos arawak de la selva central y los del Apurímac. La rebelión de Juan Santos Atahualpa no se habría extendido más allá de un espacio bajo la influencia de las misiones franciscanas del convento de Santa Rosa de Ocopa y del intercambio a larga distancia en torno al Cerro de la Sal, como prueba el hecho que los grupos arawak del Apurímac no incorporaron a su cultura material ni las herrerías ni la elaboración de herramientas de metal.

Veamos los hechos y el contexto de cómo se vetó el ingreso de los caucheros en el valle. Desde la década de 1880 Carlos F. Fitzcarrald intentó optimizar la expansión de sus actividades de extracción cauchera hacia el sur. Para ello, situó su centro de operaciones en la confluencia del Tambo y el Urubamba, desde donde se proyectaría, vía el varadero que lleva su nombre, hacia la cuenca del río Madre de Dios. Para resolver el problema de la carencia de mano de obra y alimentos, optó por recurrir a grupos *campa*, cuyos *caciques* le proporcionaban cuanto necesitaba, o *piros* para que le surtieran de peones obtenidos en sus correrías. Dentro de esa política no dudó en desplazar gente de una cuenca fluvial a otra –*yines* y *shipibos* del Ucayali al Madre de Dios–, captar *matsiguengas* para los trabajos en las cabeceras del Madre de Dios, o eliminar a sangre y fuego a *mashcos* o *huarayos*, que se resistían a su avance en el Madre de Dios.

En ese contexto, Fitzcarrald intentó extender su radio de acción al valle del Apurímac. Miguel Lazón, gobernador de las montañas de Choymacota, denunció que entraron desde el Chanchamayo abriendo fuego indiscriminado¹⁴, en una acción en que Fitzcarrald junto a 80 hombres armados de rifles Winchester llegó hasta Quimpitirique (Portillo 1901: 34), y que era a un tiempo correría para cazar y esclavizar como peones caucheros a *campas*, *piros* y *casibos*¹⁵ e intento de control del posible caucho de la zona. La alianza de *campas* con los negociantes y cocaleros huantinos¹⁶ permitió frenar las pretensiones de Fitzcarrald, en al menos dos enfrentamientos armados en septiembre y octubre de 1892, en los que se produjeron cinco muertos¹⁷.

Conclusiones

No puede hablarse de un mismo proceso, ni de que se dieran parecidas disensiones o alianzas entre grupos de colonizadores y los grupos étnicos asentados en las distintas cabeceras de los valles de selva, en el centro y sur de la selva del Perú. En suma, los procesos regionales de colonización fueron disímiles, como también lo fueron las relaciones que se establecieron entre los distintos grupos implicados.

En la Selva Central, los grupos arawak perdieron el control de sus antaño territorios étnicos y quedaron cercados en una suerte de islas discontinuas; el ciclo de la sal y de la autoproducción de herramientas de hierro llegó a su fin, imponiéndose un mercado basado en la exportación de productos tropicales y la importación de los más diversos productos industriales –tejidos y armas– llegados desde la costa o desde Iquitos por el Amazonas-Ucayali.

En el Urubamba las ferias estacionales dieron paso a nuevas relaciones comerciales efectuadas directamente en los territorios étnicos. A cambio de una mayor disponibilidad de productos y de menores costes de transporte, matshiguengas y yines se vieron compelidos a producir alimentos o a trabajar como peones en la incipiente extracción de caucho, que se inició en la región en torno a la última década del siglo XIX.

En el valle del río Apurímac la alianza entre los grupos ashaninkas y matshiguengas y ayacuchanos con intereses en la zona –campesinos, hacendados o comerciantes– permitió aislarla de interferencias externas, bien fueran comerciantes o caucheros, lo que a la postre permitió a los grupos arawak conservar intacto su territorio étnico a lo largo del siglo XIX y primeras décadas del XX.

BIBLIOGRAFÍA

- Arrospide, M. J. 1898: "Da cuenta de los resultados de sus trabajos en la montaña", *Boletín del Centro Científico del Cuzco*, I, nº 2, págs. 17-21.
- Barclay, Frederica 1989: *La Colonia del Perené. Capital inglés y economía cafetalera en la configuración de la región de Chanchamayo*. Iquitos, CETA.
- Camino, Alejandro 1977: "Trueque, correrías e intercambio entre los Quechuas Andinos y los Piro y Machiguenga de la Montaña Peruana", *Amazonía Peruana*, I (2), págs.123-140.
- Chaumeil, J-P. 1994: "Una visión de la Amazonia a mediados del siglo XIX: el viajero Paul Marcoy", *Bull. Inst. fr. Études andines*, 23 (2), págs. 269-195.
- Fernández, Eduardo y Michael F. Brown, 2001: *Guerra de sombras. La lucha por la utopía en la Amazonía peruana*. Lima, CAAP-CAEA CONICET.
- Gade, Daniel W. 1972: "Comercio y colonización en la zona de contacto entre la sierra y las tierras bajas del valle del Urubamba en el Perú", *Actas y Memorial del XXXIX Congreso Internacional de Americanistas*, v. 4, págs. 207-221.
- Gastelú, Juan 1872: *Viages a las regiones del Apurímac, Mantaro y Perené, 1870*. Lima, Imprenta del Estado, págs. 33-35.
- Izaguirre, Bernardino 1922: *Historia de las misiones franciscanas*. Lima, Talleres Tipográficos de la Penitenciaría (14 tomos).

- Kuczynski Godard, Maxime H. 1947: *La vida bifronte de los campesinos ayacuchanos. Estudio socio-sanitario* (Ministerio de Salud Pública y Asistencia Social. Encuestas medico-sociales). Lima, Imprenta Talleres Gráficos. Schench S.A.
- Larrabure y Correa, Carlos 2006 [1905]: *Colección de Leyes, Decretos, Resoluciones y otros documentos oficiales referentes al departamento de Loreto*. Iquitos, Monumenta Amazónica, CETA-Gobierno Regional de Loreto.
- Latharp, D. 1973: "The antiquity and important of long-distance trade relationships in the moist tropics of the Pre-columbian South America", *World Archaeology*, 5 (2), págs. 170-186.
- Luján, José M. 1898: "Memoria del subprefecto de La Mar, José M. Luján, 1898", en: *Memoria del Ministro de Gobierno*, Lima, s.e. , págs. 28-32.
- Marcos, Paul 2001: *Viaje a través de América del Sur. Del océano Pacífico al Atlántico*. Lima, IFEA-PUCP-BCR-CAAAP (2 tomos).
- Myers, Thomas P. 1983: "Redes de intercambio tempranas en la Hoya Amazónica", *Amazonia peruana*, v. IV, nº 8, págs. 61-75.
- Ordinaire, Olivier 1988: *Del Pacífico al Atlántico y otros escritos*. Iquitos, Monumenta Amazónica, CETA-IFEA.
- Ortiz, Dionisio 1975: *Las montañas del Apurímac, Mantaro y Ené*. Lima, Imprenta Editorial San Antonio, t. I, págs. 252-259.
- Parssinen, Martti y Ari Siiriinen 2003: *Andes orientales y amazonía occidental. Ensayos entre la historia y la arqueología de Bolivia, Brasil y Perú*. La Paz.
- Portillo, Pedro 1900: "Memoria del Presidente de la Junta Administrativa de la Alcabala de la Coca, Pedro Portillo, 20.8.1899", *Anales de las Obras Públicas del Perú, 1899*. Lima, Imprenta Torres Aguirre, págs. 221-228.
- Portillo, Pedro 1901: *Las montañas de Ayacucho y los ríos Apurímac, Mantaro, Ene, Perené, Tambo y Alto Ucayali*. Lima, Imprenta del Estado.
- Pozo, J. M. 1934: "Montañas de Huanta y La Mar", *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, t. LI, 3^{er} trimestre, págs.278-86.
- Renard-Casevitz, France-Marie 2003: "Visión histórica de la cuenca Urubamba-Ucayali y de sus pobladores arawakos y panos", *Bajo Urubamba. Matsiguengas y yines*. Lima, Pluspetrol, págs.29-43.
- Rojas, Enrique 1994: *Los ashaninka, un pueblo en el bosque*. Lima, PUCP.
- Rosengren, Dan 2004: "Los Matsigenka", en Fernando Santos y Frederica Barclay, *Guía etnográfica de la Alta Amazonia*, Lima, IFEA-Smithsonian Tropical Research Institute, v. IV, págs. 1-157.
- Sala i Vila, Núria 1998: "Cusco y su proyección en el Oriente amazónico, 1800-1929", en Pilar García Jordán (ed.), *Frontera, colonización y mano de obra indígena en la Amazonia Andina (siglos XIX-XX)*. Lima, PUCP-Universidad de Barcelona, págs. 402-535.
- Sala i Vila, Núria 2001: *Selva y Andes. Ayacucho (1780-1929) Historia de una región en la encrucijada*. Madrid, CSIC.
- Samanez y Ocampo, José B. 1980: *Exploración de los ríos peruanos Apurímac, Eni, Tambo, Ucayali y Urubamba en 1883 y 1884*. Lima, Sesator.
- Santos, Fernando: "Redes de intercambio y comercio indígena antes y después de la conquista", en *Etnohistoria de la Alta Amazonia, siglos XV-XVIII*. Quito, Abya-Yala, págs. 5-32.

Santos, Fernando y Frederica Barclay 1995: *Órdenes y desórdenes en la Selva Central. Historia y economía de un espacio regional*. Lima, IFEA-IEP-FLACSO.

Tibesar, A. 1950: "The Salt trade among the montaña indians of the Tarma area of Eastern Peru", *Primitive Man*, t. XXIII, págs. 103-108.

Tovar, Enrique D. 1966: *Vocabulario del Oriente peruano*. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Valdez y Palacios, José Manuel 1971: *Viaje del Cuzco a Belén en el Gran Para (por los ríos Vilcamayo, Ucayali y Amazonas)*. Lima, Biblioteca Nacional.

Wertheman, Arturo 1877: *Informe de la expedición de los ríos Perené y Tambo*. Lima, Imprenta del Estado.

Zarzar, Alonso y Luis Román 1983: *Relaciones intertribales en el bajo Urubamba y Alto Ucayali*. Lima, CIPA.

NOTAS

¹ Facultat de Letres, Universitat de Girona, Pl. Ferrater Mora, 1, 17071 Girona, (España). Correo electrónico: Nuria.Sala@udg.edu. Esta ponencia se inscribe en el Proyecto de Investigación del Plan Nacional I+D+I, HUM 2005-00610, financiado por la Dirección General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia .

² Distintos grupos étnicos han substituido las denominaciones externas por autodenominaciones, como mecanismo de autoafirmación y reivindicación de su propia identidad. Un ejemplo es el de los yines, antes conocidos como *piros*. En el texto remarcaremos en cursiva las denominaciones que aparecen en las fuentes consultadas, cuando sean distintas de las actuales.

³ Informe del jefe de la expedición Exploradora de los valles de Chanchamayo, coronel José Manuel Pereira, Lima, 25-3-1870 (Larrabure 2006: II, 457-458).

⁴ Diario de la expedición del río de Santa Ana, que verificaron los Padres Misioneros Apostólicos, Fr. Ramón Busquets y Fr. Cristóbal Rocamora, del Colegio de Moquegua, 1799 (Izaguirre 1922: VIII, 315-316).

⁵ Biblioteca Nacional del Perú, Manuscritos República, E47. Memoria elevada a la Dirección de Gobierno por el prefecto del departamento de Ayacucho, D. Víctor R. Benavides, 15-7-1905.

⁶ Carta del prefecto de Ayacucho, Isidro Frisancho, al Ministro de Gobierno, Instrucción Pública y Beneficencia, Ayacucho, 17-7-1846, en *El Peruano*, t. XVI, nº 12, Lima, 8-8-1846.

⁷ "Ave de la selva, de dimensiones análogas a las de la golondrina; la región anal y los bordes de las alas son de un color rojo amarillento muy encendido y el resto de su plumaje es negro bastante brillante; es ave canora muy apreciada por tal circunstancia." (Tovar 1966: 160)

⁸ Primera exploración del Ucayali por la comisión hidrográfica del Amazonas, Parte del Almirante Tucker, Iquitos, 16-11-1868 (Larrabure 2006: II, 439-440).

⁹ Segunda exploración de los ríos Tambo i Urubamba por la comisión hidrográfica del Amazonas, 1870, J. R. Tucker Iquitos 29-1-1871 (Larrabure 2006: III, 72).

¹⁰ Primera exploración de todo el curso del Ucayali i de los ríos Tambo y Urubamba por la comisión hidrográfica del Amazonas, Parte del Comandante del vapor "Napó", Ruperto Gutiérrez, Iquitos, 11-11-1868 (Larrabure 2006: II, 436).

¹¹ Segunda exploración del Ucayali por el Comandante del vapor Morona, don Eduardo Raigada, Iquiroa, 4-10-1867 (Larrabure 2006: II, 390)

¹² Archivo Regional de Ayacucho (en adelante ARAY), Prefectura, leg. 11. Oficio de fray Juan M^a Chouvene, 1911.

¹³ Tiempo después sería ayudante naturalista de Antonio Raimondi (Ordinaire 1988: 188)

¹⁴ ARAY, Prefectura, leg. 10, Oficios recibidos de la subprefectura de Huanta, 1874-1905, De Miguel Lazón al subprefecto, gobernatura de la quebrada de Choymacota al subprefecto, 15-9-1892. Lazón reconoció junto a Fitzcarrald al chino Francisco, que había participado en la exploración de Samanez Ocampo.

¹⁵ ARAY, Prefectura, leg. 10, Oficio de Miguel Muñoz al subprefecto, Acón, 26-10-1892.

¹⁶ Archivo General de la Nación, Perú, Ministerio del Interior, Prefecturas, Paquete 26, Oficio n° 500, de Leonardo Cavero, 4-10-1892. Informaba que se trataba de un grupo procedente de Chanchamayo que iban en busca de caucho, cuando fueron atacados por “los salvajes e indígenas” huantinos.

¹⁷ ARAY, Prefectura, leg. 10, Oficio del subprefecto M.E. Cavero al prefecto, 26-9-1892. Según Cavero “la gente de las punas vecinas a las Montañas teatro de los acontecimientos y que se colocaron en actitud alarmante se han tranquilizado” y en un oficio de 20-10-1892 al informar de la nueva “invasión de los viajeros de ahora meses” añade que “toda la gente de la puna se ha puesto en una alarma grande”.